

La crisis del trabajo y la economía flexible

Luis Saavedra

I. RENOVACIÓN Y FLEXIBILIZACIÓN

A pesar del tiempo que ha transcurrido desde principios de la civilización industrial sobre la significación del trabajo y las diversas dimensiones de todo tipo que a su alrededor han ido brotando, me parece que no es inoportuno volver a sus orígenes para encontrar, a manera de referencia, la obra de dos pensadores que quizás, como ningunos otros, han sabido representar el excepcional alcance de su valor. Me refiero, claro está, a Marx y a Smith. *El Capital*, que fue un libro casi enteramente escrito para reflexionar sobre el trabajo, apuntó a una serie de carencias morales en la relación entre el ser humano y su actividad productiva en las sociedades industriales señalando, no ya sólo el hecho de la explotación, sino la creciente e inevitable alienación que aparecía consustancialmente con un tipo de ocupación laboral que hacía a hombres y mujeres extraños a sí mismos. La idea original marxiana de que el valor del trabajo se medía con la dimensión del esfuerzo humano que se empleaba en realizarlo preside todo este discurso de disconformidad, por mucho que su autor la retocara, en ocasiones muy fundamentalmente, a lo largo de su madurez intelectual.

Pero Marx no consideró de buen grado algunas otras magnitudes del trabajo en la economía capitalista que parten, justamente, del principio opuesto: la necesidad de alienarnos trabajando para poder comprar libertad, dicho sea con todo realismo. Someterse a la disciplina laboral ajena para tener tiempo propio después del trabajo, y aun para encontrar un sentido creativo a la vida. Aceptar el trabajo desigualmente distribuido a cambio del progreso que produce y de la autonomía que atribuye al trabajador. Este podría ser el punto de partida del otro pensador que se ocupó con gran sabiduría de la cuestión en la sociedad moderna. Adam Smith. Y tampoco sería exagerado decir que *Riqueza de las naciones* gira, en buena medida, en torno a la problemática del trabajo. Sin embargo, Smith no aborda los males del capitalismo, que conocía bien, tratando de curarlos con un remedio moral

inmediato, sino persiguiendo los sentimientos más estimables del ser humano en un medio hostil que hace inevitable la alienación y admite el hecho de la explotación como un mal menor al que la libertad que invoca el negocio capitalista acabaría curando de sus heridas más escandalosas. Son, si se admite, las consecuencias morales indirectas de sus propuestas, que forman también parte de la compleja significación del capitalismo. Mientras el pensador revolucionario buscaba desmontar frontalmente los efectos perversos y muy visibles del trabajo asalariado y su dependencia del fin superior del beneficio, el economista confiaba en las consecuencias secundarias de una exaltación de la riqueza, que sabía pervertida, en gran medida, pero que también creía socialmente beneficiosa. Ambos son dos planteamientos diferenciados, a la par errados y certeros, que constituyen dos formas de entender la vía de la justicia que los dos deseaban, aunque en paradójica discordancia: el filósofo materialista observando el trabajo con una predisposición moralista de intensos contenidos cristianos; el economista de hondas convicciones religiosas despojando la obligación de trabajar de idealismos y cubriéndola de sentido utilitario.

Podría resultar grotesco, tal vez, a simple vista, invocar a estos grandes pensadores sociales en el mundo actual, tan distinto del que vivieron y analizaron, para hablar sobre el trabajo. No lo hago con esa intención. Mas sí con el deseo de valerme de dos perspectivas intelectuales que siguen representando, en cierto grado, el impulso general desde el que podemos aproximarnos, cultamente, a algunas de las claves más salientes de lo que aún representa el trabajo desde un enfoque teórico. En la inmensa mayor parte de nuestras cavilaciones sobre tan decisiva cuestión, más próximas o más lejanas, las reflexiones de Marx y de Smith nos siguen concerniendo con intensidad.

Porque, como en otras muchas importantísimas facetas de la vida social, el trabajo, tal como hoy lo conocemos, está ligado estrechamente a las formas de producción, y por tanto, a las variantes modalidades de los sistemas económicos. La noción de trabajo universalizado que ha llegado hasta nosotros es bastante moderna y está muy vinculada al desarrollo del capitalismo industrial en el que se generalizó la idea de tener que trabajar como modo de existencia apropiado que corrió parejo con la posibilidad de encontrar ocupación productiva. El concepto de trabajo para todos ha sido la causa principal del progreso fantástico que la humanidad ha experimentado en el último siglo y medio. Pero esa situación histórica se encuentra en trance de profunda modificación, porque en nuestros días se han trastocado por completo, tanto las estructuras económicas de generación

de riqueza, como las creencias que se fueron cimentando en el entorno de la actividad laboriosa, y de los derechos y obligaciones que la acompañaban.

La razón de este desplazamiento se debe a causas científico-técnicas que están unidas al despliegue de las tecnologías de la información y al significado de la innovación, y a una intensificación del ánimo competitivo del capitalismo, que ha subido un peldaño más hacia su incontenida expansión con la llamada nueva economía o economía flexible, afectando cardinalmente a toda la dimensión del trabajo y a su consideración social. No hace falta insistir en que ello está condicionado con gran fuerza por la transnacionalización económica que se ha extendido por el mundo, anteponiendo los principios mercantiles a las obligaciones políticas – en especial, las demarcaciones del Estado –, a los idearios sociales y a los imperativos legales que de ellos emanaban, y que un peso tan notorio han tenido en la regulación de las condiciones laborales.

La vieja sociedad industrial que acabó pactando sus múltiples contradicciones para crear un orden más equitativo en la libertad, y que dio lugar al Estado del bienestar en los países más avanzados principalmente, tras la Segunda Guerra Mundial, está siendo suplantada por otro modelo muy diferente que se inspira en la simple idea de ganancia a cualquier precio, en la lógica productivista imparable del capitalismo de viejo cuño, aunque su despliegue organizativo sea bien distinto. Toda la concepción clásica de producción en masa, con grandes aglomeraciones de trabajadores sometidos a una cadencia monocorde en un organismo verticalizado y en espacios fabriles interminables pensados para dar salida a productos pacientemente diseñados con el fin de satisfacer una demanda proyectada en largos periodos temporales ha dejado de tener validez.

La economía flexible implica, entre otras cosas, un desembarazamiento de este sistema, de sus ciclos, de sus ataduras, de sus cálculos dilatados, de sus ritmos burocráticos. Las nuevas tecnologías han hecho añicos la cultura industrial secularmente acumulada y las prácticas sociales asentadas en torno a ella. Lo único que ha seguido una línea ascendente de impensado incremento ha sido la filosofía del capitalismo puro, liberado por fin de suspicacias ideológicas, legales y morales, y lanzado a la carrera que es en la actualidad meta de cualquier buen emprendedor: ganar cuanto más, mejor; aspirar a quedarse con todo lo posible, expandir su cultura de la ganancia para que todos crean que pueden llegar a poseer tantas riquezas como él. Para lograrlo, la nueva economía requiere de la constante innovación de las técnicas de producción, con una incansable adaptación de los puestos de trabajo a los vértigos cambiantes del negocio.

La empresa está obligada a evitar los elevados costes de almacenamiento que se integraban en la cadena productiva de la etapa anterior, tratando de atender a las solicitudes del mercado con mecanismos muy fluidos de transmisión entre la demanda y la oferta, de manera que la fabricación se adapta, just in time, a las necesidades del consumo, sorteando los costes de la superproducción. La antigua gran empresa es ahora una agilísima organización en red que atiende con la máxima celeridad a los gustos del comprador y a la redistribución sin pausa de los costes de todo tipo, pero muy principalmente laborales, con el alto precio humano que ello lleva consigo. La predictibilidad de los ciclos productivos, el asentamiento en las prácticas organizativas, el respeto de los usos laborales se han transformado radicalmente debido a la competencia y a la volubilidad de los intercambios.

A diferencia del modelo fordista que instituyó el gigantismo industrial, la producción standarizada diseñada con una gran rigidez organizativa, una jerarquización muy visible de la cadena de mando, y una colectivización de los intereses de los trabajadores, la economía flexible ofrece la agilización de un esquema organizativo que se diversifica en nódulos que funcionan con cierta independencia de objetivos empresariales, tratando de evitar los aspectos más detectables de la jerarquización con una acusada rapidez en la toma de decisiones del ciclo productivo, intentando personalizar los artículos para conocer de antemano su aceptación, e individualizando los derechos de los trabajadores no, desde luego, para protegerlos más, sino, justamente, para hacerlos resultantes de las condiciones de competencia que demanda la pugna empresarial, y que se fuerzan entre ellos mismos en la lucha por sobresalir entre la generalidad del conjunto. La flexibilidad laboral es, en última instancia, fundamental en este sistema de inteligencia organizadora puesto, una vez más, al servicio de la obtención de los máximos beneficios. Flexibilidad significa también "que los empresarios puedan despedir más fácilmente a sus trabajadores", como afirma Beck, con razón. En esto, el nuevo capitalismo ultraliberal se diferencia notablemente del ideario keynesiano que basaba sus propuestas en el pleno empleo y la garantía del Estado asistencial.

La reorganización empresarial, que lleva ya dos décadas ensayando fórmulas para incrementar la competitividad y abaratar los costes en un marco que no conoce límites geográficos, repercute de una forma directa e inmediata en el trabajo, en su concepción, en su distribución, en su realización, en sus consecuencias sociales, y da un sesgo muy pronunciado a la dependencia que la persona tiene de las formas económicas. En la cúspide de esta supeditación aparece una manida, pero no por ello menos cierta,

sobrevaloración de las cosas frente a los factores humanos, que es el resultado lógico al que conduce el imparable endiosamiento de la prosecución de riqueza que moviliza al mercado y actúa como espoleta de activación del dinamismo económico.

II. COMPETENCIA E INESTABILIDAD

En las vicisitudes vertiginosas que está experimentando el trabajo vemos, a la vez, el progreso portentoso que ha impulsado el capitalismo con su racionalismo descubridor y su asombrosa capacidad de generar riqueza, y la depreciación humana a que conduce la locura productivista, la instrumentalización de la persona en la persecución del dinero, el vaciamiento del sujeto como ser dueño de su destino. La nueva economía impone una frenética actividad organizativa a las empresas que se traduce en permanentes reajustes laborales y de la producción. Y eso obliga, en primer lugar, a arrumbar la idea clásica de empleo para toda la vida, e impone una incesante modificación de las plantillas en un escenario de legitimación de los vínculos entre el trabajador y la empresa que ya no está dictado por el derecho, sino por las puntuales condiciones económicas, circunstancia esencial que individualiza a los trabajadores al margen de otros controles representativos, y los deja desarmados ante el apartamiento de su actividad profesional y la pérdida de lazos laborales tan pronto la flexibilidad económica los va declarando inútiles o simplemente menos idóneos que los que, por comparación, son los más aptos, los más competitivos, jóvenes, meritorios, sumisos, duros y ambiciosos que ellos para ponerse al servicio de la demanda empresarial y de su exigencia de entrega absoluta, en cuerpo y alma, que es una vieja aspiración del sistema y, por tanto, con jornadas laborales cada vez más prolongadas.

Como vemos en las imágenes que nos llegan de China, la amaneciente superpotencia que recubre la crudeza de un comunismo pasado con el despliegue de un capitalismo salvaje. Filas interminables de hombres y mujeres haciendo su mecánica tarea, obligados a guardar silencio, vigilados para que no transgredan las cláusulas de la absoluta paciencia, de la infinita disciplina oriental. Doce horas al día, y seis días a la semana inmóviles, callados, atentos solamente a las piezas que cosen, a la soldadura que hacen, a la orden que reciben para poder cobrar el exiguo salario y contribuir a la construcción del gran país en la admirada senda de la riqueza. Y nos quejábamos del taylorismo. Nos parecía inhumano el orden que amalgamó el

bienestar de Occidente. Pues he aquí el ansiado encuentro del mercantilismo mundial. Lo fugaz, lo frágil se imponen tanto en la organización de la empresa, en las relaciones económicas, como en la trayectoria del trabajador que ve cómo la angustia de su inestabilidad, de su cercana caducidad va dictando las pautas de su existencia como nunca antes había sucedido. Y no tan siquiera por meras circunstancias materiales, sino porque esta ambición desmesurada que caracteriza la vida contemporánea ha cambiado el tejido societario sin que se vea la posibilidad de que pueda funcionar de otra manera.

El individuo sujeto que ejemplifica la soberanía de la persona desaparece ante los deshechos del individuo objeto que impone el mercado. El egoísmo economicista exacerbado ha dado lugar a una forma de existencia profundamente hostil hacia el significado de la persona, hacia la propia libertad subjetiva que nos induce a ser en nuestra soledad, o a asociarnos con otros en las vicisitudes capitales del trabajo que nos hacen acreedores de unos valores que nos distinguen y nos elevan por encima de la pura condición biológica hacia la que fatalmente nos va aproximando la competencia miserable – hay otra mucho más noble – que nos reduce en la lucha por la vida, en la incierta búsqueda de una ocupación segura. La economía flexible ha hecho depositario al trabajador de una creciente tensión que le desestabiliza como ser autónomo, le anula como individuo creador de proyectos.

Las modalidades del trabajo en la sociedad de la información que ha hecho suyas el mercado obligan al hombre y a la mujer a poner todos sus recursos a la entera disponibilidad del vértigo en el que se mueve la economía-red. "La polivalencia, adaptabilidad y recolocación de los individuos es un factor mucho más funcional en esta nueva división del trabajo", comenta Luis Enrique Alonso en un reciente artículo que asume también otra de las características fundamentales del mercado de trabajo: la amenaza del sistema en el que nos hemos instalado de enviar al paro al trabajador, de declarar inútiles a quienes desearían trabajar: "Hay grupos de edad que, por muchas competencias sociales, emocionales o técnicas que presenten, se convierten directamente en inempleables".

En las entrañas de este terremoto humano y social está el doble efecto del mercado. Liberal, por un lado, enemigo de las torpezas burocráticas y de los controles de las libertades individuales; y devastador, por otro, aniquilador de una conciencia de futuro en los potenciales trabajadores. Amante de las pasiones que alimenta la economía cuando pierde su sustrato equilibrador, reñido adversario de la equidad, de los valores sociales. Por eso, su tendencia natural a beneficiarse de las ventajas de la desprotección. Porque el

mercantilismo se siente encorsetado con la regulación, con la atención a las desigualdades, con la cobertura de la seguridad asistencial. Y ha sido más fuerte que las convicciones sociales y que el Estado que controlaba sus desproporciones. Ha propiciado los mitos tentadores del dinero y el consumo, y ha condenado al ostracismo a quienes no le siguen los pasos, por falta de estímulos o por carencia de aptitudes. En una época que exalta el etnicismo para poder formar el banderín de enganche de la eliminación de los que no están en la misma onda de defensa de lo propio y el odio de lo ajeno es lógico que la economía quiera ser simplemente la ciencia de la creación del valor, y no también de su distribución equitativa. Por eso, las tareas asistenciales se consideran un despilfarro, y los impuestos, una extorsión. Y se ha hecho tan vasta esta cultura que hasta es frecuente que los que menos tienen más se ilusionen con el respeto que el mercado pregona hacia la sacralización de la hacienda propia. Hasta ese punto nos ha manipulado por completo la mentalidad mercantilista.

En el trabajo, esta dialéctica es letal, puesto que lo que lo había dignificado era, no sólo el pago de un salario, sino el hecho de haber conferido al trabajador el derecho a la vida digna, a la protección, a la seguridad. El respaldo que daba la profesionalidad laboral regularmente ejercida al desarrollo de la persona en el conjunto de la existencia. La atención en esa condición del individuo que se fija en preservarle lo más posible de su caída en la consideración de la simple mercancía. De ahí que la dignificación del trabajador alcanzaba también al empresario que participaba en la protección de los derechos sociales. Pero ahora se ha vuelto al capitalismo duro y su entusiasmo con ganarlo todo sin pararse a mirar cómo. Y a medida que pierde derechos, el trabajador se va transformando en una mera pieza del entramado económico: trabaja, si calla, si pide menos, si renuncia a su vida, si entrega todo su tiempo, si tiene la suerte de no ponerse en la diana del triunfador de turno que asume alborozado la benemérita misión de desplazarle. Por eso, el estatuto del trabajador, siendo tan distinto, está sin embargo tan cercano al del parado. En cualquier momento pueden confundirse. En este tiempo de incertidumbres son muchos los que creen que la época del trabajo para todos ha pasado a la historia y ha sido sustituida por una etapa en la que se puede trabajar igual que se puede perder el trabajo. Se puede no encontrar trabajo nunca, o tener trabajos esporádicos durante toda la vida, o ser un esforzado lamífero de las bondades del mercado y verse en la calle en el primer reajuste de plantillas. ¿Hay en la naturaleza de las cosas alguna cláusula intraspasable que diga que todo esto tiene que ser así?. Lo dudo. Me inclino más bien a creer que es la voluntad del hombre lo que hace que nos encadenemos a las leyes de la riqueza sin principios. Y por esa razón, en un periodo de la historia en el

que se ha acumulado más dinero que en cualquiera otro del pasado, el trabajo, no obstante, escasea. Y esto no es solamente porque las nuevas tecnologías estén enviando a la desocupación a millones de empleados que han dejado de tener un puesto en un aparato productivo que ha cambiado de forma radical. Es cierto, pero no del todo. Porque en la nueva sociedad que se está tejiendo el poder económico, que es omnímodo, prefiere someter a hombres y mujeres a un proceso de ansiedad permanente ante la inestabilidad de sus vidas. Obligarlos a sentir su poquedad, dependientes de quienes les podrían proporcionar una ocupación remunerada, una sensación de estar en forma, de poder ser útil que nos procura la impresión de estar integrados socialmente, y nos proporciona ingresos.

Hay muchos factores nuevos en el trabajo que nos llenan de zozobra y desconcierto. Las tecnologías inteligentes que se han adueñado de la economía postindustrial sustituyen a los trabajadores, como ha pasado siempre en la evolución del desarrollo tecnológico al servicio del progreso. Recordemos el maquinismo, cómo fue visto en su tiempo por muchos con un perfil amenazante, y cómo, sin embargo, la industrialización contribuyó a multiplicar los empleos. ¿Estamos ahora en una fase que pudiera tener comparaciones?. Parece improbable. Un siglo largo no ha pasado en vano. Junto a la revolución industrial se afirmaron una serie de ideas fundamentales sobre la persona, sobre el ciudadano, las diferencias sociales, la justicia equitativa, los derechos humanos, que son las que contribuyeron decisivamente a reforzar el papel del trabajo, la atención a los trabajadores, el equilibrio entre trabajo y capital. Hoy no forman parte de nuestro credo con tanta vehemencia, quizá porque en muchos casos se han ido cumpliendo, o porque también han ido perdiendo vigor frente a la fuerza atractiva del bienestar material y del poder del dinero que aquellas reivindicaciones, acaso sin pretenderlo, han ido popularizando. Y el capitalismo, que se sentía moralmente cercado, se siente ahora vencedor. Por eso el trabajo flexible significa temporalidad, desprotección. Como afirma André Gorz, "se trata de desconectar del trabajo el derecho a tener derechos".

Esta situación nos abruma más todavía porque apenas hemos dejado de paladear las ventajas del Estado del bienestar que culminó con un gran pacto entre el capital y el trabajo la aproximación de las grandes diferencias sociales que habían sacudido el proceso de industrialización, y que empezaron a disminuir tan pronto acabó el estertor de las armas en Europa, al tiempo que se afianzaba la democracia y se confirmaba la libertad como derecho inalienable. Aquel acuerdo se hizo sobre la base del respeto a la propiedad, pero con el compromiso correlativo de reconocer

expresamente los derechos del trabajador. Para ello, se admitió la corrección de la economía por parte del Estado. Pero todo eso es historia. Otro entendimiento de los asuntos sociales y de la posición de la persona se han ido imponiendo.

No cabría interpretar de otro modo la defensa entusiasta que se hace de la nueva economía y del sistema de trabajo que la acompaña desde emplazamientos que no le hacen ascos a la supuestamente beneficiosa corrección de los viejos hábitos sociales que han sido removidos para construir un modelo superador de atavismos proteccionistas. El ejemplo que está en boca de todos como modelo de economía ultradinámica que ha sabido crear empleos en un marco de rescisiones sociales y potente crítica del carácter tuitivo de las normas reguladoras del mercado laboral, es el de Estados Unidos. Diversos especialistas se han ocupado del caso, y algunos con un entusiasmo que no deja de sorprender. Tal es, entre otros, el análisis de Martín Carnoy, y el encendido reconocimiento de su maestro Castells a favor de la libre regulación del mercado. No hay lugar para el desfallecimiento en la loa de la economía hiperliberal y sus éxitos universales que nos presenta el primero. Frente a las posiciones críticas europeas y también norteamericanas, que observan el deterioro del trabajo como una consecuencia de las exigencias del capitalismo, Carnoy argumenta en pro del crecimiento de la riqueza en USA y de la indiscutible multiplicación de empleos que se ha producido en aquel país, a diferencia de las sociedades protegidas europeas.

III. MODELOS DE TRANSICIÓN

Si aceptamos la filosofía social que subyace tras los planteamientos de la nueva economía no hay duda de la espectacularidad de los índices del crecimiento que se ha producido en Estados Unidos en los últimos veinte años. Y menos todavía, del aumento del empleo que ha provocado un descenso del paro entorno a un 4 por ciento, como nunca antes había estado desde hace cinco décadas. Máxime, si se tiene en cuenta, como Castells recuerda en *La galaxia internet*, que la mitad de los nuevos puestos de trabajo creados se consideran bien remunerados. Los 48 millones de ocupaciones laborales surgidas durante este periodo de expansión hablan, por sí solos, de la fortaleza de la economía norteamericana y de la posibilidad de la multiplicación de ocupaciones en la sociedad de las nuevas tecnologías. Sobre todo, si se comparan con los puestos de trabajo de nueva creación que se promovieron en Europa en el mismo periodo de tiempo.

Pero el trabajo flexible, así lo reconoce Carnoy, implica temporalidad, deslocalización y desregulación, en sintonía con el tipo de economía que lo genera y el impacto que sobre ella ejerce el conocimiento aplicado a la tecnología informática en el desarrollo del proceso de producción, en un marco de desprotección incontestada. Un impacto, no obstante, que se plantea desde una perspectiva tecnocrática en la que el trabajo aparece como un apéndice instrumental desprovisto de contenidos sociales o de honduras humanas. En este enfoque se contempla la multiplicación de empleos que estamos comentando, y la previsión de su continuidad: "el trabajo – escribe Castells – sigue siendo la fuente de la productividad, la innovación y la competitividad. Es más, el trabajo adquiere cada vez mayor importancia en la economía que depende de la capacidad para obtener, procesar y ampliar información".

Nadie que conozca Estados Unidos y sepa del tesón de su pueblo para crear oportunidades puede menospreciar la capacidad de aquel país para adaptarse a los cambios económicos y adentrarse en el dominio de las tecnologías de la información. Pero en el análisis del empleo y de la expansión económica que lo ha facilitado no es posible perder de vista – y menos si se hace en una comparación con Europa – algunas características que también se han dado en la sociedad norteamericana, y que probablemente, ayudan a entender mejor el diagnóstico sobre la generación de empleos y el canto a los beneficios de la economía flexible. No se trata pues, de negar las evidencias, sino de observarlas desde diferentes perspectivas. Los matices son muy decisivos en cuestiones que afectan a las condiciones de la existencia humana. Y en el trabajo, más, si cabe. Es muy importante poder trabajar, pero también lo son las condiciones en las que se trabaja.

En los estudios sobre la creación de empleo en los Estados Unidos que elaboran los entusiastas defensores del renovado mercantilismo laboral se silencian algunos datos esenciales que distorsionan la realidad social y ocultan, con ventaja, cualquier comparación que se pueda llevar a término al respecto. Para hacer un análisis objetivo de la situación del trabajo en USA en el tiempo que lleva imponiéndose la nueva economía allí no se debe ignorar la importancia del complejo militar-industrial y su decisiva aportación a la proliferación de empleos, precisamente en los campos más avanzados de las tecnologías informáticas, con unos presupuestos desmesurados que van contribuyendo a engrosar el déficit público, en momentos de distensión en los conflictos clásicos y de clara disminución de los gastos militares en las democracias más adelantadas. Jeffrey S. Sachs ha comentado en un artículo que en 2005 Estados Unidos habría dedicado unos 500 mil millones de dólares

a gastos militares, una cantidad equivalente al 5 por ciento del PIB norteamericano, y a la mitad de las inversiones mundiales en esta materia. Cifra que contrasta fuertemente, tanto con la ayuda al desarrollo de este país, que asciende al 0'16 por ciento del PIB, como con los gastos militares europeos, que representan un 2 por ciento del PIB, y con, por ejemplo, la ayuda al desarrollo de Europa, que ronda el 4 por ciento del PIB.

Lo mismo sucede con la población carcelaria, que roza ya los 2 millones de reclusos, una cifra que no admite parangón con ningún otro país democrático del planeta, e infinitamente superior en proporción a las de las sociedades europeas. Si se considera que entre esta multitud de convictos la inmensa mayor parte de ellos son hombres jóvenes, en plenitud laboral, se puede hacer una sencilla reflexión sobre su repercusión invisible en las estadísticas de empleo, como se ha comentado ampliamente. El volumen de presos en Estados Unidos es, proporcionalmente, siete veces y media mayor que en España, por ejemplo. Y sin poner en duda la necesidad de las políticas de seguridad pública frente al delito, que tanta repercusión tienen en la salud de una sociedad sana, no es posible pasar por alto el hecho significativo del aumento de la población carcelaria al lado de la disminución de la protección social. Ni tampoco la trascendencia de estas cifras en la situación laboral de un pueblo.

Otro dato altamente relevante en USA es el del aumento constante de la pobreza a un ritmo proporcional al de la implantación de la economía flexible y el debilitamiento del Estado asistencial. La Oficina del Censo del gobierno norteamericano sitúa ya el nivel de pobres en el umbral de los 45 millones de ciudadanos, alrededor del 15 por ciento de la población total. Datos que no deben enorgullecer a nadie, y que reflejan un destacado nivel de malestar persistente en el funcionamiento de un modelo social que no puede separarse de las condiciones en que se produce el desenvolvimiento del mercado laboral. El mismo Carnoy reconoce en su libro algo que ya sabíamos. Que en las dos décadas finales del siglo pasado, que él califica de esplendorosas, la sociedad norteamericana ha contemplado la constante reducción de los salarios de los trabajadores, en especial, de aquellos que no tienen formación universitaria, con su consecuente incidencia en la profundización de las desigualdades.

De forma que el empleo cierto que ha contribuido a crear la nueva economía está lleno de sombras e incertidumbres que, a la vez, generan riqueza y pobreza, multiplican las ocupaciones y originan desocupaciones, alientan la prosperidad pero concentran el poder económico. No en vano el trabajo flexible ha ido proliferando al tiempo que una élite tecnocrática, cada

vez más dominadora, ha ido afianzándose en la dirección de los recursos sociales y en la concentración de los beneficios empresariales. El trabajo flexible se ha ido imponiendo al paso que desaparecía la cultura de la lucha de clases, hoy completamente obsoleta, y por tanto, al mismo tiempo que ha ido perdiendo vigor el enfrentamiento social como espoleta del progreso. Pero estos cambios tan acusados no deben ocultar ni las diferencias sociales que está propiciando el liberalismo económico desenfrenado, ni los antagonismos que se van fraguando en torno a los problemas del trabajo y su desigual distribución. Gorz observa esta fragmentación en la sociedad norteamericana y habla de la evidente consolidación de una élite directiva formada por el 4 por ciento de los trabajadores activos, con ganancias superiores a las del 51 por ciento del conjunto de la población laboral, y el resto de los empleados, que en líneas generales forman un magma de asalariados crecientemente debilitados, dentro del cual subsisten diferentes niveles.

En otro plano más diversificador considera la existencia de un núcleo principal de empleados fijos, dotados de una gran versatilidad profesional, contrastada competencia técnica y muy altos ingresos, y una extensa gama de trabajadores secundarios con condiciones salariales relativamente estables, aunque en la frontera de la precariedad, seguidos de otro sector muy extenso de asalariados sin empleo estable ni ingresos regulares, que trabajan desde el exterior de los centros laborales dependiendo de los encargos del empleador. Todos ellos, aunque más los más debilitados, los más expuestos a los zarpazos de la ingeniería empresarial, se encuentran en el ojo del huracán de las técnicas avanzadas de aplicación de la disminución de los costes laborales, el reengineering, fulminante invención para eliminar puestos de trabajo y contribuir a perfilar una novedosa figura laboral largamente añorada por la mentalidad capitalista más incontaminada: la del trabajador despojado de derechos en expectativa de percibir un salario por obra hecha y obligado a correr sin pausa por sobresalir, en suma, con precarias recompensas.

El tratamiento que hace Castells del trabajo en la obra citada es muy representativo de esa posición apegada a los valores del mercado, tan propia de la nueva economía. También percibe una fragmentación en el mundo laboral, pero, situado en la órbita del trabajo flexible, contempla el esfuerzo humano para ganarse la vida como un apéndice del progreso tecnológico en el marco de los intercambios económicos, desprovisto de dimensiones sociales, de alternativas críticas. A diferencia de su obra anterior, *La era de la información*, en la que las estructuras aniquilaban al sujeto hasta hacerle irrelevante, en *La galaxia internet* recupera al individuo, pero para mostrar el boceto de una sociedad escindida, aunque, sin embargo, deseable y emulable,

con una formación dicotómica en la que sólo se visualizan dos segmentos ordenados verticalmente: los entrepreneurs y expertos autoprogramables, auténtica élite directiva ligada al poder del capital y poseedora de muy altas cualificaciones profesionales, y los genéricos, una especie de conjunto interclasista de trabajadores precarizados, obligados a servir a aquéllos y a conformarse con las condiciones que les imponen por su aportación. En esta simbiosis de desigualdades "el talento es el factor clave de la producción".

Pero ahora, la búsqueda y el negocio de los talentos, entendidos, sobre todo, en el estricto perfil técnico que el mercado valora, se rige más que nunca por la poderosa balanza del dinero. Y como de lo que se trata es de encumbrar un modelo social en que la fidelidad a las personas, a los grupos o a las instituciones nada tiene que ver con cuestiones de conciencia, o de coincidencias afectivas, o de respeto a la palabra dada, la fidelidad corporativa se consigue a través de las prebendas estamentales que ofrece la economía flexible a sus más preclaros representantes: las stock options. Las remuneraciones excepcionales y excepcionalmente elevadas que contribuyen a ansiar el premio de los elegidos y a cimentar la casta autoprogramable. Y, por supuesto, la vida entera se dedica a la empresa. Las jornadas laborales son ya "de unas 65 horas semanales". Aunque cuando el trabajo aprieta "hay que pasar varias noches en vela". Todo esto puede estar muy bien para el grupo de tiburones que hacen de este tipo de vida la esencia de su recorrido. Lo malo es que son ellos quienes imponen el modelo para todos los demás, sea cual fuere la elección que hagan, la intensidad de su dedicación o la capacidad de su inteligencia.

IV. EMPLEO Y PERSONA

Las condiciones de vida que están ligadas a las formas en que se produce el trabajo son particularmente angustiosas para la persona en este sistema. Ante los desastres desintegradores que provoca la inseguridad laboral el hombre se queda aislado, yendo de aquí para allá sin rumbo fijo, siguiendo los pasos de una posible colocación, de un atisbo de estabilidad, de posibilidad de establecer contactos con otros en quienes confiar, de encontrar alguna muestra de lealtad en un círculo laboral que se mueve descaradamente al son del dinero de los que se apoderan de todo fingiendo que el suyo es el mejor de los mundos. La influencia que este tipo de risueño cinismo tiene sobre la familia no es menos deletérea que la que ejerce sobre el individuo. La propuesta que los defensores del modelo hacen para remediar una situación de

aislamiento que sobreviene a causa del sistema de trabajo, mediante la creación de comunidades de conocimiento que son "nuevos y selectivos modelos de relaciones sociales", como escribe el sociólogo español, no parece demasiado edificante, salvo en lo que pueda tener de pintoresco retorno a los clubes sociales de la Inglaterra victoriana.

Este elitismo desprovisto de inquietudes humanistas, de aspiraciones ilustradas hubiera causado la más vitriólica condena de sus actuales defensores hace sólo algunas décadas, cuando hombres de la talla de Ortega, por aludir a una referencia eximia, eran objeto de toda clase de desdenes, precisamente, por reivindicar los valores intelectuales del humanismo ilustrado frente a la amenaza arrasadora de la tecnocratización, es decir, de la conversión del pensamiento y de la ciencia en mera utilidad práctica, en simple racionalismo instrumental. Hoy, sin embargo, desposeído el discurso del regusto retrógrado que también tuvo en su tiempo en alguno de sus enfoques, las propuestas del filósofo emergen como premoniciones certeras de un modelo de sociedad que no sólo ha perdido el sentido crítico, sino que parece caminar hacia el vacío de la mano de sus entregados apologistas.

Porque, dado el protagonismo que el trabajo ha tenido en el diseño de las biografías humanas a lo largo de la historia, la nueva situación económica está descreando a tipos personales que se habían ido conformando durante ciclos temporales sucesivos en unas secuencias de superación y continuidad, y modelando, no obstante, a otros muy distintos, forjados en la más descarnada competencia para ganarse el sustento, y en la más angustiada desposesión de subjetividad, de su capacidad propia para proyectar vidas originales, para ejercer, en suma, la soberanía individual que ha sido una de las grandes conquistas de la inteligencia en la historia de la humanidad. La fugacidad del empleo, la desaparición de la noción de carrera profesional en el trabajo, la certidumbre inapelable del acortamiento de los periodos de laboriosidad activa a poco más de dos décadas de madurez biológica, y la razonable desconfianza que en tales circunstancias se va acumulando hacia todos y hacia todo son, en nuestros días, los componentes del esqueleto que sustenta a hombres y mujeres que contemplan asustados un porvenir que no les pertenece.

Esta sociedad en la que escasea el trabajo, pero en la que se exige trabajar, rompe con una tradición que arranca en los comienzos de la modernidad, que borró del mapa la distinción entre las capas humildes, obligadas a trabajar, y los sectores aristocráticos privilegiados con la exención del esfuerzo laboral. La obligación universal del trabajo caló tan profundamente en el significado de la convivencia que, incluso, como dice Beck, la idea de democracia se

afianza en el concepto de laboriosidad, como un derecho "a participar activamente en el trabajo remunerado". Y, en efecto, el trabajo, tal como nosotros lo entendemos es, desde el punto de vista sociológico, el que se realiza a cambio de la percepción de un salario. Y tiene un carácter productivo que obliga al hombre a hacerse trabajando. Un ejemplar de homo faber que no puede renunciar a ser productor, entendido sea en la diversidad de facetas que ello significa.

Cierto es que el sistema económico contemporáneo, debido al avance excepcional de la tecnología, pone en entredicho alguna de sus propias consideraciones, ya que, hasta ese sentido crudamente materialista que tanto se identifica con el funcionamiento del capitalismo queda cubierto de dudas si tenemos en cuenta el volumen de la aportación de trabajos no hechos por operarios humanos al conjunto de la producción general. Estamos hablando del trabajo automatizado o, más todavía, del trabajo virtual, cada vez más relevante y, sin duda, más decisivo en el futuro. Empero, el trabajo humano como esfuerzo para la creación de valor seguirá estando muy vigente en el desarrollo económico y, sobre todo, en la cultura social, ya que el tipo de vida que hemos adoptado no puede contemplar la presencia de lo que constituye una esencialidad de la problemática que estamos debatiendo: la existencia, la proliferación y el aprecio del trabajo no productivo en términos de ponderación mercantil, como medio de legitimación social de hombres y mujeres. Pero este es un debate que tardará en aceptarse en un proceso de civilización que no entiende la creatividad humana sin generación de valor añadido.

La desorientación enorme que el individuo siente hoy en su porfía de autenticidad surge, precisamente, de la amenaza inesquivable de la mercantilización que en el orbe del trabajo no admite réplica. Giddens se ha referido a este fenómeno con agudeza, en su reflexión sobre la pugna entre el sujeto y la cosificación, cuando comentaba en *Modernidad e identidad del yo*, que "la modernidad da apertura al proyecto del yo pero en condiciones fuertemente influidas por los efectos normalizadores del capitalismo mercantilista". Porque "la mercantilización afecta además de manera decisiva a la fuerza de trabajo: de hecho, la fuerza de trabajo en cuanto tal sólo comienza a existir cuando se separa del trabajo en general como mercancía". Con su necesidad de crecimiento continuado el capitalismo no sólo produce más y más diferenciado, sino que obliga a la persona a sus requerimientos permanentes, y en tanto que trabajador, a una incesante mercantilización de sus habilidades productivas. Eso es, en realidad, lo que se llama capital humano, hoy en día, término falseador donde los haya, que encierra una

noción que es inseparable de la inestabilidad laboral, de la constante depreciación de las ofertas productivas que el trabajador hace para ganarse la vida, y de la ansiedad que le embarga para apañarse en la elaboración de otras nuevas que le permitan mantener la ilusión de conseguir algo a lo que poder agarrarse.

El carácter social del trabajo que genera relaciones duraderas con los otros a manera de intereses comunes fomentando la camaradería y contribuyendo decisivamente a formar a la persona, como observa Méda, es uno de los factores más determinantes en la estructura de las sociedades. Por eso tiene tanta importancia su decaimiento, como valor universal al alcance de todos, que se está produciendo con la omnipresencia del mercado. Esta es la causa de la desintegración de la que hablábamos antes, que deja sin orientación a los individuos y les obliga, como dice Giddens, a experimentar en sus vidas un choque ulterior de reintegración. Ya que la tensión que nos provoca la fragmentación de los mandatos sociales, que nos exigen desplazarnos a uno y otro lado fuera de nuestros auténticos deseos, es suplantada por una violencia ejercida en nuestro interior que nos inclina a la unificación, a la integración mediante la adopción de comportamientos impuestos que nos inducen a la estimación de las ventajas instrumentales, consumistas o, en el caso que nos ocupa, a la aceptación de un estado de inseguridad agobiante, de desmembración a través del trabajo, como si de algo natural se tratara. Pero todo ello crea una sensación de impotencia en el individuo que va percibiendo como si le arrancaran partes de su ser. Hasta ese extremo se puede sentir deteriorado por las condiciones en que se administran los empleos en la sociedad contemporánea.

Desde luego, no es ajena a todo este tortuoso proceso la evidencia de una circunstancia que es prototípica del capitalismo, tanto en su loa, como en su denuncia. Me refiero al individualismo. No hay observador que no vea, tras la sombra de la economía flexible y del trabajo aleatorio que provoca, el fenómeno tangible de la individualización de los trabajadores, de su consiguiente pérdida de fuerza como colectivo, de su dispersión, de su debilitamiento humano y social. No hace falta insistir en el efecto desintegrador que esto trae consigo. No sólo en las personas y en las instituciones básicas, sino en la misma solvencia de la sociedad como recinto inevitable en el que nos movemos. Hay quienes, sin embargo, contemplan el fenómeno con satisfacción, por el impulso de ansiedad y de espabilamiento, podríamos decir, que este cuadro ocasiona en las personas, y el sentimiento instintivo de autodefensa que les azusa para hacerlas más ambiciosas y predispuestas a preparar todas sus armas para la lucha de la competencia que

espolea siempre el espíritu del progreso, tal como ha sido entendido hasta ahora. Ni que decir tiene que tal despojo de personalidad al servicio de los intereses mercantiles y de la instrumentalización tecnológica que los mantiene en vigor, no es ni una caricatura de lo que significa el sujeto, del respeto a su potencial creador, que no sólo es productivo, en el sentido economicista de la palabra, sino que, debe serlo, muy principalmente, en el sentido de que también sabe poner la economía a disposición de causas que forman parte de la naturaleza humana, no diré que más, pero sí tanto, al menos, como los beneficios de la desnuda riqueza.

V. DESPROTECCIÓN Y PRODUCCIÓN

¿Qué hacer, pues, en un mundo en el que el trabajo ha dejado de ser un derecho de todos, siendo, no obstante, imprescindible para vivir? ¿Cómo cambiar las reglas de un comportamiento social que ha cultivado hasta el extremo la obsesión por el trabajo y ha considerado productivo sólo aquello que añade valor a las cosas?. También aquí hay una doble apreciación del problema. Quienes están apegados a las infinitas bondades del mercado encuentran el bálsamo curador en la creación de más riqueza mediante el incesante incremento de la productividad y la absoluta dedicación del ser humano al esfuerzo laboral, tal como éste ha sido considerado desde los albores de la modernidad. Es la vía que ha intensificado Estados Unidos en el último cuarto de siglo con resultados económicos evidentes, aunque sus dimensiones sociales nos parezcan equívocas, como hemos comentado. Su ejemplo, por lo demás, ha prendido en países que empiezan a descubrir entusiasmados la vorágine reproductiva del sistema. China es el caso más llamativo, pero también la India, y bien pronto otros que podrán unirse a este tsunami desarrollista contra el atraso que hasta ahora ha dado muestras de su pujanza sin que seamos capaces de despejar las incógnitas del incierto futuro.

Un acercamiento menos complaciente y falto de entusiasmo con las conquistas del mercado y sus efectos sobre el trabajo resuena en voces críticas en los propios Estados Unidos, pero sobre todo en Europa, con una carga dialéctica que pone en solfa, no ya la capacidad del modelo para seguir suministrando puestos de trabajo al ritmo de las necesidades demandadas, sino la contextura misma del sistema económico y su desnudez de valores sociales, y su incidencia demoledora sobre los individuos, los grupos y las instituciones, como hemos dicho, y como, por otra parte, viene anunciando la evolución de las sociedades con argumentos y datos empíricos

fehacientes, como también hemos visto. Son, por tanto, dos perspectivas que en cierto modo se complementan, pero que nos permiten elegir entre grandes caminos de la existencia. Mas, como sabemos, los remedios no son fáciles ante la tentación de los sentidos que sabe desatar el espíritu posesivo.

Repartir el trabajo y la riqueza, siquiera sea módicamente, parece una locura cuando se ha conseguido imbuir a los hombres de un afán de apropiación que no admite la idea de la distribución. Quitarle al trabajo una parte de la dimensión productivista exclusiva para hacer socialmente aceptables otras muchas ocupaciones perfectamente legítimas aunque, tal vez, con escasa capacidad para añadir valor económico fungible, es otra posibilidad a tener en cuenta. Pero, en cualquier caso, salir del atolladero en el que nos han encerrado las leyes del progreso y el deseo de acumulación con que han sido dictadas no es tarea sencilla, ni inmediata. Harían falta, si llegara la ocasión, muchas generaciones, muchos cambios profundos de las actitudes humanas, una reafirmación de algunos valores que hoy han sido obliterados, una cultura con diferentes ideales.

La pérdida de las referencias sociales que se refleja en el declive del Estado y en el traspaso de su poder a la empresa y al dinero, ha precipitado que sean las compañías, los mercados bursátiles, las promesas de enriquecimiento fácil quienes impongan sus códigos de conducta, sus reglas de juego en la regulación del trabajo, en las deslocalizaciones, en la contratación, en el desempleo. El derecho, las leyes amparadas en la autoridad social y política que representan los Estados han dejado de tener predicamento en materia laboral, y su competencia se ha transferido directamente a la esfera de las corporaciones económicas, de las agrupaciones empresariales. La economía, el trabajo, los modelos de desarrollo han pasado a tener una dinámica global conducida por los programadores que ordenan la sociedad a su manera, cuidando de sus intereses que, como es bien sabido, son los del más fuerte, e indiferentes a otro tipo de resultados que no sean los de la multiplicación del valor.

Esto hace imposible que el trabajo retorne a los cauces de la protección, regulado por leyes tuitivas, equilibradoras, compensatorias de los diferentes niveles que se ocupaban entre la dirección del capital y la aportación del esfuerzo de trabajo. La amenaza constante de la competencia mundial hace que toda tentación legisladora incline la balanza del poder empresarial hacia cualquier otro país que ofrezca gratis y sin problemas que puedan entorpecer el acopio de caudales, la posibilidad de crear más puestos de trabajo, de mantener los complejos empresariales en funcionamiento, de ofrecer el deseado maná que contribuye a elevar los índices de desarrollo. Sólo un

acuerdo mundial basado en la prevalencia del derecho y la garantía de unas condiciones sociales mínimas para todos podría poner límites a la precariedad laboral, a la inseguridad que domina la actividad de los trabajadores. Pero eso no es realista en la actualidad, ni sabemos si lo volverá a ser, porque tiene la apariencia de una intervención en el destino del dinero, que ha sido sacralizado por el valor absoluto que se le ha concedido al mercado.

Porque en nuestra sociedad existe además la gran presión de unos comportamientos culturales, de unas mentalidades que se han percatado lúcidamente de que el sujeto debe estar presto a la aceptación de riesgos e inseguridades que antes no tenía como pauta habitual de sus actitudes vitales. Los jóvenes, que son víctimas propiciatorias directas de este modelo económico que consiste en usar y tirar a los seres humanos a las papeleras del mercado, se están socializando ya en la durísima brega de la inseguridad laboral para siempre, por mucho que en su interior se resistan a aceptarla. Los expertos en los análisis sociales, los académicos, y por supuesto, los directivos de las corporaciones que se solazan con la inevitabilidad de lo efímero en un mundo en el que cualquier carga social se considera un gravamen insostenible, los acusan de conservadurismo. Yo no creo que sea justo. Que se revuelvan contra un sistema que los convierte en instrumentos perecederos de los vaivenes mercantiles, parece lo más natural. La juventud, como nosotros, los mayores, vive en un estado de ansiedad ante un mundo que no entienden y que les amenaza con la desocupación y la precariedad. Como nosotros, son conscientes de que las cosas ya no pueden ser como eran. Pero más que nosotros, porque empiezan el recorrido vital, no comprenden a una sociedad que está renunciando a proteger a sus miembros.

VI. ¿TODAVÍA TRABAJADORES?

Y, sin embargo, nada sería más engañoso que recluirse en la evocación del trabajo protegido, en los efectos de la sensibilidad social que hizo posible el entendimiento en el pasado, entre empresarios y trabajadores, a fin de humanizar la existencia. Hoy, el capitalismo, como he dicho, está convencido de su absoluta legitimidad, y no necesita pedir comprensión a nadie. Y sin que sean dimensiones comparables, tampoco el trabajo es lo que era. Entre otras cosas, porque la clase trabajadora, como fue considerada en la sociedad industrial, está desapareciendo, tanto como componente de un modelo social que se adivina llegando a su fin, como psicológicamente. Nadie, como es natural, se siente orgulloso de estar en la cola de las consideraciones sociales de

por vida. La vieja dignidad obrera que tantos ejemplos de emulación transmitió entre los humildes ya no arrastra comportamientos colectivos que comprometan vidas enteras. Los estímulos del futuro habrán de ser de otro tipo que todavía hoy no atisbamos en su plenitud.

Pero también aquí habremos de ser extremadamente cautos en nuestras reflexiones sobre los cambios entre los trabajadores. Por mucho que la sociedad se haya transformado en su composición, en su dinamismo, parece algo aventurado despachar la convivencia de clases con intereses y ubicaciones diferenciadas apelando a la corriente de la historia y al flujo del capitalismo emprendedor que habrían cumplido la misión de barrerlas del mapa, y que, sobre todo, habrían conseguido difuminar a la clase trabajadora que, por muchos, fue considerada durante más de un siglo, con no demasiada agudeza, como fuente inagotable de energías renovadoras. Es verdad que en nuestra época el recurso a esas potestades reivindicativas y a los resultados purificadores de unas confrontaciones salvíficas ha perdido el fuelle que tuvo, habiéndose consolidado, más bien, una cultura interclasista que se evidencia en los comportamientos populares. Mas, con todo ¿cómo entender las diferencias sociales que estamos constatando? ¿Cómo explicar ese entusiasmo desbocado de los propagandistas del mercado con sus propuestas de creación de minorías hiperactivas al servicio de los valores del sistema, y su gozosa comprobación de una inmensa mayoría de crédulos seguidores? ¿Dónde, en todo caso, ponemos a quienes dirigen y se benefician principalmente de la operación, y dónde a todos esos trabajadores que viven de un sueldo imprescindible, a los que trabajan en precario, o a los que desearían poder trabajar?. La confusión que nos invade, en éste como en otros asuntos de nuestro entorno, nos invita a demandar el sosiego para entender lo que está sucediendo, y mirar a la realidad para encontrarla tal como es. Navarro se plantea también en su último libro la cuestión de la persistencia de una clase trabajadora en la España contemporánea. Y acude a datos y argumentos convincentes para reclamar su presencia, aunque pocos se reconozcan en ella, en un gran sector de la población cuyos integrantes tienen que trabajar con contraprestaciones económicas reducidas, y están, aun no deseándolo, en las posiciones inferiores de la escala social. No hablamos, pues, de la clase por antonomasia, que tantos equívocos ha inducido en el pensamiento social, pero sí de diferencias de clase, que además son muy acusadas. Y creo que esto vale para todas las sociedades desarrolladas, y hasta para las que caminan velozmente para alcanzarlas.

Mientras tanto, nos engañaríamos si creyéramos que por denunciar la decadencia del trabajo y los abusos que en su redor se cometen ya hemos descubierto la clave de las soluciones. La polémica que reflejamos entre dos modelos que son paradigmas circunstanciales de una misma crisis apunta hacia un

largo recorrido en las fronteras del riesgo y la inseguridad, por mucha que sea la añoranza de un Estado protector que ya no existe en una convivencia mundializada en la que impera la economía sin aduanas. Y todo esto que hace precario el trabajo nos avisa, a la vez, de la inoperancia de los viejos modelos, por muy estimables que hayan sido, y nos advierte de la urgencia de su revisión ante la tentación de aferrarse a ellos iniciando un camino muy probable hacia la obsolescencia, o aceptando el reto de adaptarse a las nuevas formas de trabajo, tratando de dotarlas de contenidos críticos que ayuden a levantar una conciencia que sirva para responder a las cicatrices que está dejando, y seguirá haciéndolo, la refinadamente llamada economía flexible. Este es, con certeza, el desafío que debe afrontar el incierto futuro de quienes están obligados a trabajar para poder vivir.

Quedarse sólo con las buenas ideas me temo que no es suficiente para sobrevivir en un mundo que lo ha experimentado todo y ha vuelto a destapar las naturalezas contrapuestas del ser humano sabiamente encauzadas hacia la satisfacción de los sentidos. De ahí la carrera desenfrenada por la competencia, por la innovación, por la productividad. Si no se entra en ella también estamos perdidos. El trabajo se resiente de esta prueba incesante que no se detiene nunca. Concentración en detrimento de los intereses de otros. Una zozobra que se incrementa en nuestros días, tanto como puede preocupar el despotismo de la sociedad, o el intervencionismo de los aparatos políticos. Por eso, creemos que la propiedad es un derecho de las personas, con tanta convicción como rechazamos que pueda ser utilizado contra las personas. Porque el derecho de propiedad está supeditado al derecho a la vida, del que todo emana y al que debe someterse allí donde su desmesurada proporción coarte el desarrollo de ésta.

El curso que ha seguido la elaboración de la teoría del individualismo metodológico explica con bastante precisión cómo las relaciones económicas que giran siempre alrededor de los mismos objetivos —posesión, enriquecimiento—, interfieren en la trayectoria vital del sujeto con una particular incidencia. El egoísmo posesivo reproducido en ese ámbito de pequeñeces es, por tanto, lo normal, el camino a través del cual la persona deviene dueña de su destino. Así es como se postula ese individualismo desde un economicismo tan estrecho como altivo. De ahí que Hayek rechace con vehemencia cualquier atisbo de regulación económica como si fuera un atropello contra los derechos humanos, y que se atreviera a tildar a Keynes de sospechoso inductor de feroces dictaduras.

La dependencia de la riqueza que ha impuesto el mercado supedita otra sensibilidad que no sea aquélla que pueda satisfacer el afanoso acopio de bienes en el que se debate hoy la esencia de la individualidad. Por eso Olson duda en "*La lógica de la acción colectiva*", que el individuo pueda movilizarse por otros objetivos que no persigan la obtención rampante de beneficios, aun a costa de las causas solidarias. El gorrón es el emblemático personaje que emerge victorioso en las refriegas del insaciable oportunismo. Nada de rebeldía, nada de humanidad. Ya lo dice Coleman con contundente pragmatismo: la resignación es una prueba de inteligencia, a la vista de los costes personales que acarrea la disidencia. Pero el precio de este modelo tan exitoso es la desaparición del sujeto que piensa, que decide, que se ilusiona construyendo sus proyectos, por que no hay espacio para él ni, por supuesto, para su vocación social, cuando desea implicarse en la causa del sujeto colectivo. Debe optar entre la individualización a través del consumo, o la masificación que impone la homogeneización de las opiniones.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

- ALONSO, L. E.: La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión. Madrid. REIS, N° 107; 2004
- BECK, U. : *Un nuevo mundo feliz*. Barcelona. Piados Ed; 2000. Pp. 11-13-18-20-21-79.
- Carnoy, M.: *El trabajo flexible en la era de la información*. Madrid. Alianza Ed.; 2001. Pp. 10-11-22-23-34-36-40 a 44-114-124.
- CASTELLS, M.: *La era de la información*. Madrid. Alianza Ed.; 1997.
- CASTELLS, M.: *La galaxia internet*. Barcelona. Ed. Plaza y Janés; 2001. Pp. 108 a 115-137-138-140.
- GIDDENS, A.: *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona. Ed. Península; 1995. Pp. 185-217-236-249 a 253.
- GORZ, A.: *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Barcelona. Ed. Península; 1995. Pp. 16-58 a 64-103.
- MARX, K.: *El Capital*. Madrid. Siglo XXI Ed.; 1975.
- MÉDA, D.: *El trabajo*. Barcelona. Gedisa Ed.; 1998. Pp. 72-106 a 111.
- NAVARRO, V.: *El subdesarrollo social de España*. Barcelona. Ed. Anagrama; 2006.
- SACHS, J. S.: La guerra como fracaso de la política. El País, 21.8.05
- SMITH, A.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona. Ed. Oikos-tau; 1987.